

Histeria y femineidad

Φ (a) deseo masculino
 Λ (ϕ) deseo femenino

Eduardo Canónico

Es interesante constatar la enigmática escritura que propone Lacan en la p 662 de sus Escritos, sin ningún desarrollo, nos sugiere allí una versión del deseo masculino y femenino. Creo posible articular alguna lectura del enigma interrogando los textos aledaños.

Nos internaremos con un cedazo particular, nuestra inquietud por histeria y femineidad.

Si comenzamos por La Significación del Fallo, encontramos que para abordar lo femenino dispone de tres planos, a saber: identificaciones, deseo, satisfacción. Con respecto a las primeras verá que la posición derivada de ubicarse como “ser el fallo”, determina ciertos semblantes, (siempre en el orden del parecer), coordinados por el I(A) dominante, y que se juegan en el plano de “la comedia de los sexos”, señalando como límite el acto de la copulación.

En el plano del deseo, claramente se formula su posición de Significante del deseo del Otro (Fallo), para lo cual su sacrificio es el rechazo de sus “atributos”, sacrificio que la habilita para vestir la “máscara” en la comedia; pretenderá entonces ser deseada y amada por lo que no es.

Por último, obtendrá su satisfacción encontrando el significante de su deseo en el cuerpo de aquel a quien dirige su demanda de amor; haciendo converger los órdenes del deseo y el amor sobre el mismo objeto.

Continuamos el itinerario en el Seminario V. Sabemos que el escrito precedente recoge lo que como enseñanza oral se desarrolló en este seminario, por lo tanto es de sumo interés verificar las coincidencias o discrepancias al respecto.

En el seminario, entonces, encontramos aún un acento “levistraussiano” al definir la posición femenina como “aceptarse ella misma como un elemento del ciclo de los intercambios”, dialéctica que no responde por una posición hembra dada primitivamente, sino por un juego estructurado por el significante, donde el Fallo tiene su papel primordial.

Al abordar el plano de la satisfacción, se constata el ordenamiento de sustituciones; en primer lugar el pene del hombre, luego el niño, aunque ninguno escapa a su condición de fetiche. Entonces, por esta vía sustitutiva que permanece bajo la égida del falo se ordenan las satisfacciones posibles.

A la inversa, en el plano del deseo, deberá exhibirse y proponerse ella misma como siendo el falo, esto es el objeto el deseo del Otro. Y aquí encontramos una diferencia que radicaliza el planteo citado más arriba, ya que para acceder a esta posición, debe rechazar, en el sentido de la *verwerfung*, “aquello en lo que ella misma se manifiesta en el modo femenino”, que da por resultado “una profunda ajenidad de su cuerpo respecto de lo que es su deber parecer”.

En este punto nos preguntamos si lo *veworfen* tiene conexión con lo que explicita en el texto “Ideas directivas...” (siguiente escala del itinerario), ya que habla en términos tales como “la oscuridad sobre el órgano vaginal...” o “la naturaleza del orgasmo vaginal conserva su tiniebla inviolada”.

Texto en el que cabe citar el cuestionamiento que se vislumbra a la hegemonía del Falo. Derivada de la posición del sujeto con respecto a la satisfacción-frustración de su demanda al Otro, surge el nivel de privación que intenta remediar la designación fálica de la falta; pero justamente en este punto, se cuestiona Lacan si en el caso de la mujer, la serie de sustituciones fálicas (pene, niño, etc.) puede “drenar todo lo que puede manifestarse de pulsional...”.

¿Qué decir acerca de la elaboración que sobre el falo se produce en esta época? Tal vez la deliberada ambigüedad que Lacan propone al considerarlo tanto un objeto imaginario en la castración como un significante del Otro que responde por la privación. De ello se desprenden al menos dos funciones prevalentes en la estructura ya que por un lado es “el significante destinado a designar en su conjunto los efectos de significado...” (significación fálica), y por el otro como significante del deseo, solo reconocible en el Otro y tras su veladura, condicionará su acceso a la “prueba del deseo del Otro”, dicho de otro modo, solo atravesando la castración se accede a “la razón” del deseo y a una posición inconsciente relativa a lo sexual. De ello heredará su función reguladora del goce por advenir en la teoría.

Volveremos sobre estos señalamientos luego de buscar algunas referencias para pensar la histeria.

Si nos orientamos por allí recalamos en La Dirección de la Cura. Aquí el tópico clásico es el análisis del sueño de la “bella carnicera” y en él el deseo de tener un deseo insatisfecho; el deseo de caviar será su significante. No es menor la aclaración de que tal deseo habita en una mujer “colmada” y que “precisamente no quiere serlo”, denotando como “espiritual” a la bella. Sin esfuerzo puede leerse la distinción de órdenes.

En el plano identificatorio domina lo que Lacan nos acostumbró a llamar identificación histórica (su amiga “inimitable en ese deseo insatisfecho”). Plano sostenido por la pregunta ¿Cómo puede ser amada otra por un hombre que no podría satisfacerse con ella? Orientando incluso sobre el partenaire masculino la búsqueda identificatoria. Caminos que conducen necesariamente al Falo, ya que éste proporciona la referencia última de identificación con el significante del deseo.

Haciendo ahora un movimiento similar al efectuado con anterioridad, nos volvemos hacia el seminario V. ¿Cómo se nos muestra aquí a la “bella”? En principio, destaca el articulador elegido para el abordaje, que es la escisión subyacente entre demanda y deseo; una nos lleva al terreno del Amor, en el que las histéricas deslumbran por lo aparatoso de su demanda (exagerando una necesidad universal); y el otro al complejo e irresoluble problema suscitado por el “mas allá de la demanda”, ya que algún objeto será tocado por la investidura fálica siendo entonces y al mismo tiempo, la orientación de sus apetitos y el que no querrá tener de ningún modo. Aquí nuevamente la histeria acentúa un rasgo que no le es exclusivo, ya que todo neurótico ordena su deseo en un más allá de la demanda, solo que el sujeto histórico “no sabe que no puede ser satisfecho dentro de la demanda”.

Derivemos aún otra consecuencia de la escisión demanda-deseo: al acceder al lugar del deseo, el otro se convierte totalmente en un objeto, justamente como instrumento del deseo; y se vislumbra allí el problema de mantener como compatible esta posición con la que deriva del plano del Amor al que conduce la demanda. El Otro que da o no da amor, lleva la marca de lo absoluto en su subjetividad, pero para acceder a él como objeto de deseo es necesario que se haga totalmente objeto.

Del abordaje de esta discordancia tal vez nos sirvamos más adelante en el planteo de la histérica, por ahora, sigamos.

En su búsqueda, Lacan se sirve aún de la ilustre Dora, para mostrarnos como subsiste en su posición subjetiva demandando amor (como toda buena histérica), pero también en la medida en que sostiene el deseo del Otro en cuanto tal (es el estilo de su lugar y acción en referencia a su padre y la Sra.K). En verdad el deseo del Otro es su punto de apoyo.

Concluye: el deseo de la histérica no es deseo de un objeto sino deseo de un deseo, el esfuerzo por mantenerse en ese punto donde ella convoca el deseo del Otro. Por su parte, en la medida que reconoce alguien en esa misma situación se producirá la identificación.

Podemos, con lo que antecede, buscar conjunciones y disyunciones entre lo femenino y lo histérico, para ello nos serviremos de un intento de lectura del enigma inicial:

La disposición de los elementos nos permite jugar en avant coup con la distribución de los mismos en las lógicas de la sexuación. El primer signo indica el punto de partida, el dato inicial y el segundo, (entre paréntesis) el punto al cual se orienta un imaginario vector. Así, el deseo masculino parte de una posición de “tener el falo”, semblante tal vez incómodo ya que lo obliga a dar pruebas de ello, (aportando el instrumento llegado el caso) y orientándose hacia los objetos (imaginarios del deseo) que de cualquier modo deben estar marcados fálicamente. Puede señalarse que “de este lado” nada excede la lógica fálica (ni en lo que sustenta su posición, ni en la marca de sus objetos, y menos en el ámbito de la satisfacción). Si ahora leemos el deseo femenino, vemos que su posición inicial se vincula estrechamente con la castración, desde esta posición (¿más ventajosa que la masculina?) adopta su semblante; ser el falo como máscara que vela la falta y orientándose directamente hacia los objetos que el Falo indica como sus fetiches. Podríamos tal vez forzar la lectura y apuntar que A puede designar una apertura a lo que no entra completamente en la lógica fálica.

Podríamos preguntarnos ¿cuánto de femenino - o masculino - hay en la histeria? Y en ese caso creo debe comenzarse por la concepción marcadamente levistraussiana que Lacan arrastra en aquellos años, que puede resumirse en reducir la posición femenina a la de un elemento del ciclo de los intercambios. El paso siguiente es constatar qué posibilidades ofrece la estructura para tal ubicación: siempre y cuando opere la castración, no será otra

que un objeto de deseo. De ahí que la opción en el juego dialéctico de la estructura se reduzca a Ser el Falo. Y en ello la coincidencia con la posición del sujeto histérico tiene su anclaje estructural.

La clínica le aporta al psicoanálisis por otra parte, la prevalencia que el problema del deseo (en su carácter insatisfecho) adquiere en él. De aquí también se deduce el carácter dominante de las identificaciones (que llamamos históricas).

Puede formularse la pregunta ¿qué hay de masculino en la histeria? Siguiendo el anterior razonamiento sólo veremos identificaciones viriles en tanto pueden apuntar a una respuesta a la cuestión del Deseo, no habría una posición sostenida en un “tener el falo”.

Entonces ¿la mujer y la histérica, son dos campos que se recubren por completo? O bien ¿Qué de la mujer excede lo histérico? Ateniéndonos siempre a los textos citados, podemos aventurar alguna respuesta. No será por la vía identificatoria que hallaremos algo, ya que éstas sean masculinas o femeninas, siempre se ordenan con el pivote del significante fálico y los cambiantes dictados del Ideal; el plano de comedia en que permiten algún encuentro nos lleva al enigmático límite de la copulación ¿qué asoma en ese límite? ¿lo que ha sido rechazado (verworfen) tiene allí algún modo de retorno? ¿es que acaso la satisfacción pulsional puede reclamar algo de la femineidad? Recordemos aquí que la escisión demanda deseo se asienta en la incompatibilidad sujeto objeto a que conducen (la demanda en el orden del amor y el deseo apuntando a la satisfacción). El sujeto histérico, si bien toma su apoyo en el deseo del Otro sosteniendo por su parte su propio deseo (insatisfecho) más allá de toda demanda, desconoce que no puede obtenerse la satisfacción dentro de la demanda misma; de ahí que su aparatosidad en el reclamo de amor lleve su demanda al plano de lo insufrible.

Tal vez la mujer pueda tolerar esa disyunción incompatible y acceder a cierto grado de satisfacción como un puro objeto por el expediente de sacrificar su condición subjetiva. Es cierto; Lacan plantea que la mujer obtiene su satisfacción en la vía de los sustitutos fálicos, pero también se pregunta ya en estos años, si no hay algo más allá.